



La (im)posible neutralidad de un psicoanalista posible

Nadal Vallespir

Cuando escribo, me visito solemnemente.

*Tengo salas especiales, recordadas por otro
en intersticios de la figuración, donde me
deleito analizando lo que no siento y me
examino como un cuadro en la sombra.*

Fernando Pessoa

Cada átomo de silencio

es la posibilidad de un fruto maduro.

Paul Valéry

Escribir sobre la neutralidad del psicoanalista es escribir sobre un imposible. Al menos, si la consideramos una neutralidad perfecta, absoluta, que no permite asomar vacilaciones, siempre acechantes, no siempre calculadas, que ponen permanentemente en jaque, agrietándola, a una aspiración -la neutralidad no puede ser más que una aspiración- irrealizable aunque legítima.

“A eso no respondió Ricardo Reis, las frases, cuando se han dicho, son como puertas, quedan abiertas, casi siempre entramos, pero a veces nos quedamos del lado de fuera, a la espera de que otra puerta se abra, de que otra frase se diga, por ejemplo ésta, que puede servir [...]” (Saramago, 1998).

La cuestión es o, mejor, las cuestiones son: ¿cuándo entramos?, ¿cuánto tiempo más seguimos esperando?, ¿de qué tiempo hablamos?, ¿cómo entramos?, ¿qué consecuencias tendrá en la transferencia, en el proceso analítico, nuestra manera de intervenir, el contenido de nuestra intervención (entrada), nuestra escucha (espera), mientras las frases van acudiendo, cada una al llamado de la otra, solicitándose, atrayéndose recíprocamente los decires pasados y los que vendrán, sustituyéndose en un discurrir revelador, tras el cual o, más bien, en el que una significación se desliza, ofreciéndose al que quiera y sea capaz de verla? Las puertas se van abriendo, incitándose unas a otras según un orden nada azaroso, como esas fichas de dominó que son derribadas una tras otra a partir del impulso dado a la primera.

La frase que puede servir será dicha tanto por el analizante como por el analista. La esperaremos; aguardaremos por esa frase que estalla el discurso, que lo desgarrar y que, al hacerlo, es dicho que produce acontecimiento, que hace acto psicoanalítico, que dice sobre el desgarramiento¹. Si pensamos en un inconciente común que recubre a

¹ El desgarramiento del discurso y el discurso del desgarramiento son examinados por Gil (1978) en su trabajo titulado justamente *El inconciente*:

analizante y analista, puntual, producto de la identificación en ese punto y en ese mismo instante, del analista con su paciente, la frase que sirve, enraizada en lo inconciente, del cual se constituye en formación, emerge en un síntoma, un acto fallido, un sueño, un lapsus o, en el mejor de los casos, en una interpretación que atraviesa al analista y busca salir por su boca. Suponemos que un analista de experiencia sabría cuándo decirla, cómo decirla y aun qué consecuencias tendría en el analizando y en la transferencia, o sea, también en el propio analista. Hasta aquí vamos bien. Admitamos todavía que este avezado analista cometa un error, tenga un mínimo traspié o sufra un tropiezo mayúsculo, entre por la puerta equivocada o se precipite a cruzar el umbral de la correcta (¿hay una correcta?) antes de (su) tiempo, de él y del analizante. La prosecución del proceso psicoanalítico, los nuevos (y viejos), los futuros decires, irán desenmascarando el error. Siempre y cuando el analista (recordemos que la resistencia es suya) no padezca una ceguera que le siga impidiendo ver eso inconciente común, en cuyo caso las puertas abiertas sólo le mostrarán una penumbra espesa que se expande desde fuera, o no se haya encargado él mismo de volver a cerrar esas puertas entornadas, nunca abiertas de par en par, fascinado y horrorizado por los tesoros descubiertos a su mirada. Claro que nos asombraríamos si eso le ocurriera a nuestro experimentado analista. Esperemos que no le suceda y regresemos mientras tanto a la neutralidad.

Lo inconciente común podría ser garantía de neutralidad. “[...] el inconciente del analizado retorna en una interpretación del analista” (Nasio, 1988). Es así porque la interpretación dice tanto de lo inconciente del analizante como de lo inconciente del analista o, diciéndolo en forma más ajustada, en ese momento del acontecimiento, cual es el de la interpretación, existe un solo inconciente en juego, el que es dicho por esa interpretación. Lo que surge en el analista como formación del inconciente da, pues, cuenta de lo inconciente del paciente. Sin embargo, esta misma argumentación nos podría llevar a concluir lo opuesto: la existencia de eso inconciente común sería condición de la imposibilidad de la neutralidad, ya que estamos totalmente involucrados².

“He dedicado una parte de mi vida a las letras, y creo que una forma de felicidad es la lectura; otra forma de felicidad menor es la creación poética, o lo que llamamos creación, que es una mezcla de olvido y recuerdo de lo que hemos leído [...] Le debemos tanto a las letras. Yo he tratado más de releer que de leer, creo que releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído. Yo tengo ese culto del libro” (Borges, 1970).

El proceso psicoanalítico es siempre creación. Creación forjada por olvidos y recuerdos, tanto del analizante como del analista. Este olvida y recuerda lo que ha leído y releído en el texto sagrado de su

² Nuestra resistencia nos impide escuchar lo inconciente del paciente al evitar que escuchemos en nosotros eso mismo inconciente. Véase, si no, lo que le ocurrió a McDougall (1984), quien no pudo ver el deseo homosexual de su analizante en virtud de su dificultad para reconocer el suyo propio. Un sueño la rescató de su escotoma.

paciente, objeto privilegiado de culto. ¡Le debemos tanto a esas letras y a su lectura! Tanto que sin ellas nuestro oficio imposible de analistas no existiría. O sería otro oficio, quizás posible. El analista olvida, sin duda, pero aquello olvidado retorna en un sueño, un lapsus, una interpretación. El paciente también olvida pero lo olvidado retorna en un síntoma, un acto fallido, un sueño (Nasio, 1988). Los olvidos y recuerdos, apareciendo y disipándose, van tejiendo la trama transferencial.

“Ricardo Reis reflexiona sobre lo que vio y oyó, piensa que el objeto del arte no es la imitación, que fue censurable debilidad por parte del autor escribir la pieza en el lenguaje de Nazaré o en lo que creyó que es ese lenguaje, olvidando que la realidad no soporta su reflejo, que lo rechaza, sólo otra realidad, cualquiera que sea, puede colocarse en vez de aquella que se quiso expresar, y, siendo diferentes entre sí, mutuamente se muestran, explican y enumeran, la realidad como invención que fue, la invención como realidad que será” (Saramago, 1998).

Tanto el texto de Borges como éste de Saramago se nos ofrecen para ser empleados, aunque por supuesto no fue esa la intención de los autores, como expresión, metafórica al menos, de la creación, ¿creación poética³?, que se va urdiendo entre los protagonistas del espacio analítico. La “realidad psicoanalítica”, llamémosla así, no es

³ Ducrot y Todorov (1983), afirman que el objeto de la poética “[...] no es el conjunto de las obras literarias existentes, sino el discurso literario como principio generativo de una infinidad de textos”.

imitación ni reflejo de la realidad fáctica sino que es otra realidad, creada, construida, en ese espacio, escrita y leída en otro lenguaje pero que colocándose en lugar de aquella "mutuamente se muestran, explican y enumeran, la realidad como invención que fue, la invención como realidad que será". La realidad, imaginaria que fue o pudo haber sido, olvidada, reprimida, inaccesible, exiliada desde siempre en el baluarte inexpugnable de un real nunca escrito, sólo puede expresarse, y aun así, escamoteada, en una invención sufragada por sus huellas, invención que dará cuenta, aunque únicamente a medias, de la verdad.

"Si un día llega a ser contada la historia de este caso, no se encontrará más testimonio, sólo la carta de Ricardo Reis, si entretanto no se pierde, que es lo más probable, pues hay papeles que mejor es no guardarlos. Otras fuentes venideras serán más dudosas, por apócrifas, aunque verosímiles, y desde luego no coincidentes entre sí, y todas con la verdad de los hechos, que ignoramos, quién sabe si faltándonos todo, no tendremos que inventar una verdad, un diálogo de cierta coherencia [...] falso todo, y verdadero" (Saramago, 1998).

¿Dónde ha quedado nuestra tan mentada neutralidad?

La cuestión de la neutralidad está planteada desde el análisis original. Fliess, que no había sido analizado e ignoraba todo lo concerniente a la teoría psicoanalítica, excepto aquello que Freud le iba comunicando, ¿podría garantizar una neutralidad que éste estaba imposibilitado de lograr en sí mismo? Su desconocimiento de su propio inconsciente y del psicoanálisis así como su invención de fantásticas

teorías, ¿favoreció o menoscabó la neutralidad necesaria para que se instituyera un proceso psicoanalítico con todas las de la ley? Fliess estaba allí, sin mucho que decir, sin poder decir, sobre lo inconciente de Freud, guardando un “silencio” que quizás le concedía a éste “la posibilidad de un fruto maduro”, recogido de sus sueños o de lo inconciente de sus pacientes que en la transferencia se hacía común con lo inconciente propio. Fliess, obnubilado por sus invenciones casi delirantes, entronizadas por el brillo espurio proveniente de la idealización que Freud le otorgaba, no era más que una presencia ciega.

No postulo un psicoanalista ciego. Menos todavía, ciego de luz, luz por lo demás ilegítima, falsa. Todo lo contrario: el yo ciego, el yo imaginario, paranoico, narcisista, debe borrarse, desleírse, en ciertos momentos fecundos en (para) el curso del análisis. Nasio (1996) es categórico: en esos momentos tiene que haber forclusión del yo. Esa forclusión del yo debe existir para que se originen esos instantes, breves, fugaces, del acontecimiento, del acto psicoanalítico, del dicho que irrumpe y sorprende. Es necesario el deseo del analista introducido por Lacan. La presencia del psicoanalista, por este simple hecho de presencia, provoca efectos en el analizante. Sustituyamos presencia por deseo del analista. El lugar del deseo del analista, lugar del analista, no su presencia ni el sillón donde se instala más o menos cómodamente o con menor o mayor malestar, “[...] se produce en tanto

un analizante dice y en tanto un analista hace silencio en sí para escucharlo” (Nasio, 1996).

Este “silencio en sí” parece corresponderse con ciertas formulaciones de Freud y de Lacan. En *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*, Freud (1912) afirma que “[el médico] debe volver hacia el inconciente emisor del enfermo su propio inconciente como órgano receptor [...]” y en *Sobre la iniciación del tratamiento* (1913) escribe: “[...] mientras escucho, yo mismo me abandono al decurso de mis pensamientos inconcientes [...]”. Lacan (1955), por su parte, expresa : “En la medida en que el analista hace callar en él el discurso intermedio para abrirse a la cadena de las verdaderas palabras, en esa medida puede colocar en ella su interpretación reveladora”.

Algo hemos avanzado. Conseguimos suprimir la presencia incómoda del analista. Todos sabemos en qué medida una presencia, aunque procure oscurecerse en su silencio o, más aún, aunque no se trate de una presencia física sino evocada, corporeizada en nuestra mente o, meramente, consista en la emergencia del recuerdo de una voz oída, de unas palabras dichas, en ciertos momentos cruciales de nuestra vida, impide por el solo hecho de su existencia toda ilusión de neutralidad. O hace, más bien, que la neutralidad sea una ilusión. ¿Avanzamos verdaderamente? Si realmente conseguimos, y la tarea no es sencilla (por eso es un logro efímero aunque reiterado, confiemos, a lo largo del análisis), despojarnos de los ropajes narcisísticos del yo, de

sus cautivantes oropeles, desvaneciendo nuestra fastidiosa presencia, ¿lograremos por fin la neutralidad tan apetecida?

Nasio (1988) sostiene que para que una interpretación pueda acudir es necesario hacer un silencio para sí como si no supiéramos nada. Este supuesto no saber, propio del lugar del analista, no contradice la ficción del sujeto supuesto al saber, en torno a la cual se organiza la transferencia imaginaria. Fliess, por su parte, efectivamente no sabía. Nasio (1988) nos recuerda la posición del pintor, acercándonos la voz de Cézanne: “¿Qué pensar de los imbéciles que le dicen a uno: el pintor es siempre inferior a la naturaleza? Le es paralelo. Siempre que no intervenga voluntariamente... entiéndanme bien. Toda su voluntad debe ser de silencio. Debe hacer callar en él a todas las voces de los prejuicios, olvidar, olvidar, hacer silencio, ser un eco perfecto. Entonces sobre su placa sensible todo el paisaje se inscribirá”. Escuchemos también a Saramago (1999). El escritor portugués, al preguntarse qué retrato pintaría de sí mismo F. Pessoa si en vez de poeta hubiese sido pintor, escribe con su agudeza habitual: “Ahora que no es poeta, sino pintor, y va a pintar su autorretrato, ¿qué rostro pintará, con qué nombre firmará el cuadro? ¿al lado izquierdo o al derecho? -porque toda la pintura es un espejo-. ¿De qué, de quién, para qué? Finalmente, el brazo se levanta, la mano se cierra sobre un pequeño objeto de madera que de lejos se asemeja a un pincel y que, sin embargo, despierta nuestras sospechas; no se aprecian rastros de color verde, ni azul ni amarillo, no se ve color alguno, no se ve tinta

alguna, se trata del negro absoluto mediante el cual, y con sus propias manos, Fernando Pessoa se convertirá en invisible. Pero los pintores seguirán pintando”. Como el mismo Saramago nos recuerda, ese negro absoluto no reflejará ninguna luz, ni siquiera la luz fulgurante del sol.

Reflexionemos, psicoanalistas, sobre estos textos, sospechoso pincel en mano, significativo fálico, falo que brilla por su ausencia, por la falta, que da cuenta del agujero que no por negro debe absorber cuanto le llega, y despintemos nuestra imagen hasta convertirnos en invisibles para que los pintores, recostados ante nosotros, continúen pintando. Tarea imposible, sin duda, porque en esa incómoda oscilación del otro al Otro en que procuramos desplazarnos, siempre algún vestigio de verde, azul o amarillo rezuma por los poros. Lo imposible no es pintar el retrato sino mantener sin concesiones la invisibilidad mientras los pintores siguen pintando. ¿Quién no ha estado tentado alguna vez de pintar su autorretrato, aunque no sepa muy bien qué rostro pintaría ni con qué nombre firmaría el cuadro? Intentemos replegarnos en nuestro elocuente silencio y procuremos hacer semblante del muerto. Juguemos entonces el juego desde ese lugar. ¿Nos aproximáramos lo suficiente a esta posición si siguiéramos los consejos de Cézanne: no intervenir voluntariamente, hacer callar en uno todas las voces de los prejuicios, olvidar, hacer silencio? ¿Para qué? ¿Para ser un eco perfecto? ¿Para ser un espejo compacto, macizo? Quedaríamos capturados en una fascinación imaginaria. El lugar del muerto, sostenido por el deseo del analista, encuentra su espacio allí donde el

espejo y el eco están perforados, allí en ese vacío donde el agujero del imaginario hace nudo con otros agujeros, del simbólico y del real.

Pero, de todos modos, también el muerto tiene algo para decir. No podemos evitar el comenzar la frase. Lacan (1957-58) asevera: “El sujeto elegirá [ser o no ser el falo], o más bien, como la frase ha sido comenzada antes que él por sus padres, será tanto pasivo como activo”. El deseo del analista, y en el análisis también se trata de Edipo y castración, empieza la frase en la que el analizante, al continuarla, desnudará su deseo, pretendiendo su reconocimiento.

Alcanzado este punto, ¿deberemos renunciar a la actitud de neutralidad por considerarla impracticable, entregándonos a un vínculo menos aséptico con nuestros analizandos?

Pienso que la neutralidad cumple una función operante en la cura, en la medida en que seamos capaces de reconocer nuestras limitaciones, aceptando entonces sus márgenes de aplicabilidad. A este respecto, nociones que retomaré posteriormente, como castración, privación, abstinencia, duelo, no le son ajenas. Así, Laplanche y Pontalis (1971) entienden la neutralidad como “una de las cualidades que definen la actitud del analista durante la cura”. E indican tres cuestiones en las cuales el psicoanalista debe mantenerse neutral: los valores religiosos, morales y sociales; las manifestaciones transferenciales; el discurso del analizando.

Harari (1987) considera que la vacilación calculada de la neutralidad apunta a un encuentro fallido. “Es una intervención en acto,

un acto analítico, porque de allí emerge, se roza, un efecto de verdad -semi-dicha-, en el cual no está ausente la dimensión de la interpretación.” El ejemplo con que ilustra lo dicho es el de hacer pasar a un paciente que llega media hora tarde, expresando que viene para avisar y que se va porque su hora finalizó. Afirma que con la vacilación calculada de la neutralidad, el analista hace que el analizante no lo encuentre en el lugar donde lo esperaba. En este caso, no esperaría que el analista lo hiciera pasar. Pretendo dar un paso más. Creo que la neutralidad vacila siempre. Una interpretación, una interjección, una pregunta o cualquier otra intervención del analista implica una vacilación de la neutralidad en acto, y esta actuación, llamémosla así sin temor, sin ceder a una valoración peyorativa del término, a veces hace acto psicoanalítico. Todo cuanto digamos o hagamos en el transcurso de la sesión no es inocente, no es gratuito, va a producir efectos en el analizante, inmerso en la caldeada atmósfera transferencial.

Koolhaas (1987) narra una viñeta clínica: “Un paciente comenta la risa estereotipada de la foto del presidente norteamericano con su familia en la tapa de un <Time>. Digo: <Esto se llama en inglés cheese-smile por la mueca que produce la pronunciación de la palabra cheese> y agrego, <averígüelo con su profesora de inglés>”. Resumo lo que sigue: en la sesión siguiente, el paciente dice que se olvidó de preguntar, cuenta un sueño, proporciona asociaciones y tartamudea. Me detendré en un comentario de Koolhaas: “El <averiguar con la

profesora> provoca el fantasma original de la observación del coito parental”. Discurso del Otro mediante, sueño, olvido y síntoma se constituyen en expresión del fantasma originario de la escena primaria. Pero lo que aquí me interesa destacar es que este fantasma es provocado, según Koolhaas, por el “averiguar con la profesora”, orden dictada por el propio analista y desobedecida, en su olvido, por el paciente. Además, aquel traduce la imagen percibida de la risa estereotipada a signos de lenguaje, pertenecientes a un idioma extranjero, y añade una explicación sobre el origen de la locución.

Para describir el vínculo entre analista y analizante, Nasio (1988) recurre a los cuatro discursos de Lacan. Asevera que el analista no debe estar siempre prendido al vínculo analítico. La viñeta relatada por Koolhaas es ilustrativa. Tanto la orden como la explicación suministradas por él no pertenecerían al tipo de vínculo que se corresponde con el discurso analítico. Por el contrario, reconocemos allí el discurso del amo y el universitario. Sin embargo, si nos guiamos por lo que afirma Koolhaas, y nada en la lectura de la viñeta nos hace pensar otra cosa, sus intervenciones generan un efecto psicoanalítico, a tal punto que al día siguiente (o mejor, antes, cuando olvida y sueña) se produce un discurso analítico, en el que sueño, olvido y síntoma hacen acto.

Porge (1998) propone denominar Nombre del padre sujeto supuesto saber a una figura que “[...] se inscribe en el marco de una articulación entre sujeto supuesto saber y Nombre-del-Padre en Lacan

[...]”. Entre otros ejemplos, menciona a Moritz Schreber, el padre de Daniel-Paul Schreber, en quien existiría “[...] una tendencia a no dejar ningún espacio entre el Nombre-del-Padre y el sujeto supuesto saber”. Si bien la preocupación de Porge se dirige principalmente al psicoanálisis de niños, la fusión del Nombre-del-Padre y del sujeto supuesto al saber puede sobrevenir también en el psicoanalista de adultos. Para que el analista pueda mantener el intervalo, evitando tal unión, debe haberse instalado en él la metáfora paterna, el corte de la castración simbólica. Si Schreber padre hubiera sido psicoanalista, cosa impensable, de consecuencias presumiblemente catastróficas, no habría podido ocupar el lugar requerido pues, debido al ejercicio del Nombre del padre sujeto supuesto saber, su posición no diferiría de la que adoptó como padre. Su ubicación con respecto a la ley no deja lugar a ninguna otra cosa que no sea su pretendida omnisciencia. Educador modelo, guía perfecto, mano derecha de la ley, si no su encarnación misma, aplica en la práctica su ideología y sus métodos pedagógicos sin fallas, sin cuestionarse un ápice.

El psicoanalista marcado, traspasado por la metáfora paterna, puede sostener la posición opuesta, guardando la distancia entre el sujeto supuesto al saber y el Nombre-del-Padre. La función simbólica paterna tiene tropiezos, claudicaciones, que no en vano dejan huellas. El Nombre-del-Padre no se introduce en cada uno de nosotros de un solo tajo y en forma absoluta. Pienso que por esta razón el espacio entre el sujeto supuesto al saber y el Nombre-del-Padre es difícil de

sustentar en momentos cruciales del proceso analítico, pudiendo disminuir su amplitud e introducir así vacilaciones en nuestra tarea.

“Permanecer desconocidos como persona real, para el paciente, es una limitación que hay que tolerar, y muchas veces no sin dificultades” (Schkolnik, 1987). Esta autora destaca el abuso de poder que entrañaría el abandono de la neutralidad del analista, infundiendo en el paciente sus ideas, sus gustos o sus normas. El analista se debate, entonces, en el duelo por una privación, a la que somete también solidariamente al analizante, rehusándose a su demanda. Demanda que para restablecerse cada vez precisará que el deseo del analista, provocador del desarrollo de la transferencia, no desfallezca, para que el analista, hostigado constantemente por sus deseos, pueda destituirse de la idealización de la identificación, lugar al que es llamado por el analizante (Lacan, 1964).

Neutralidad y abstinencia, neutralidad y privación, neutralidad y castración, constituyen pares de nociones estrechamente ligadas. La neutralidad del analista, condicionada entonces por la privación, la abstinencia y la aceptación de la castración, las suscitará a su vez en el analizando.

Freud (1915 [1914]) es terminante: “[...] hay que dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados”.

La actitud de neutralidad supone en el analista renunciamentos narcisísticos, reiterados en el curso del proceso analítico, requiriendo de él una acentuada capacidad para elaborar los duelos. En varios artículos anteriores, me referí al trabajo de duelo que el analizante debe transitar durante la cura. Se podría decir que es trabajado por sus duelos, transido por ellos. También el psicoanalista es trabajado por sus duelos, debidos a sus pérdidas, su abstinencia, su privación, ineludibles para que se produzca el desarrollo de la relación transferencial. Vínculo en cuyo seno ambos, analizante y analista, tramitan y son tramitados por esa tarea (in)terminable.

La neutralidad imposible, entonces, podría transformarse en una neutralidad posible, acotada, que, al ejercerse con cierta elasticidad entre márgenes que no sean excesivamente rígidos pero tampoco flexibles en demasía, testimonie que un analista atravesado por el Nombre-del-Padre, con sus desfallecimientos y tropiezos, es posible.

Resumen

La neutralidad del psicoanalista, si es considerada como una neutralidad perfecta, absoluta, sin vacilaciones, no es posible. Es una aspiración legítima pero irrealizable. A partir de textos literarios -pretextos para exponer mis ideas- y de la reflexión sobre desarrollos

teóricos referidos principalmente a la técnica psicoanalítica, procuro evidenciar su imposibilidad.

¿Deberíamos, entonces, renunciar a ella?

La neutralidad cumple una función operante en la cura, dentro de ciertos márgenes de aplicabilidad. Supone un analista atravesado por la metáfora paterna, con una acentuada capacidad para elaborar los duelos debidos a sus renunciamentos narcisísticos. Aceptación de la castración, privación y abstinencia vuelven posible una neutralidad acotada, ejercida con cierta elasticidad, testimonio de un analista también posible, con sus tropiezos y desfallecimientos.

Summary

The psychoanalyst's neutrality, if considered a perfect, absolute neutrality, without hesitation, is not possible. It is a legitimate goal, though unattainable. Starting from literary texts -pretexts to express my ideas- and from reflections upon theoretical developments which refer mainly to the psychoanalytic technique, I seek to prove its impossibility.

Should we then abandon the idea of neutrality?

Neutrality has an operative function in the cure, within certain margins of applicability. It implies an analyst who goes through the father's metaphor and has a marked capacity to work through mourning due to his/her narcissistic renunciation. Accepting castration, privation

and abstinence turn a limited neutrality possible, which is put into practice with certain elasticity, testimony of an analyst who is also possible, with his/her blunders and weaknesses.

Translated by Beatriz Batlle.

Bibliografía

1. Borges, J. L. 1970. *Autobiografía*. Fragmentos traducidos al castellano. El País Cultural. Montevideo.
2. Ducrot, O. y Todorov, T. 1983. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Siglo veintiuno, México.
3. Freud, S. 1912. *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Obras completas. Volumen XII. Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
4. ___ 1913. *Sobre la iniciación del tratamiento*. Obras completas. Volumen XII. Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
5. ___ 1915 (1914). *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*. Obras completas. Volumen XII. Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
6. Gil, D. 1978. El inconciente: desgarramiento del discurso y discurso del desgarramiento. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (57); 1978; pp. 59-86.
7. Harari, R. 1987. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan: una introducción*. Nueva Visión, Buenos Aires.

8. Koolhaas, G. 1987. *El inconciente: inscripción-texto-archivo*. En: *El cuerpo, el lenguaje, el inconciente*. Tomo II. A.P.U., Montevideo.
9. Lacan, J. 1955. *Variantes de la cura tipo*. En: *Escritos II*. Siglo veintiuno, México, 1975.
10. ___ 1957-58. *Las formaciones del inconciente*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.
11. ___ 1964. *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Barral, Hospitalet, 1977.
12. Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. 1971. *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Labor, s. a., Barcelona.
13. McDougall, J. 1984. *Semblanza de Eva*. En: Simposio "Las muchas fases de Eva: más allá de los estereotipos psicoanalítico y feminista". Los Angeles, febrero 25-26, 1984.
14. Nasio, J. D. 1988. *Los ojos de Laura*. Amorrortu, Buenos Aires.
15. ___ 1996. *Cómo trabaja un psicoanalista*. Paidós, Buenos Aires.
16. Porge, E. 1998. *Los nombres del padre en Jacques Lacan*. Nueva Visión, Buenos Aires.
17. Saramago, J. 1998. *El año de la muerte de Ricardo Reis*. Alfaguara, Buenos Aires, 1998.
18. ___ 1999. *Sobre la imposibilidad de este retrato*. En: *Lecturas de los domingos*. La República. Montevideo, 1999.
19. Schkolnik, F. 1987. Abstinencia y transgresión. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (65); 1987; pp. 21-29.

